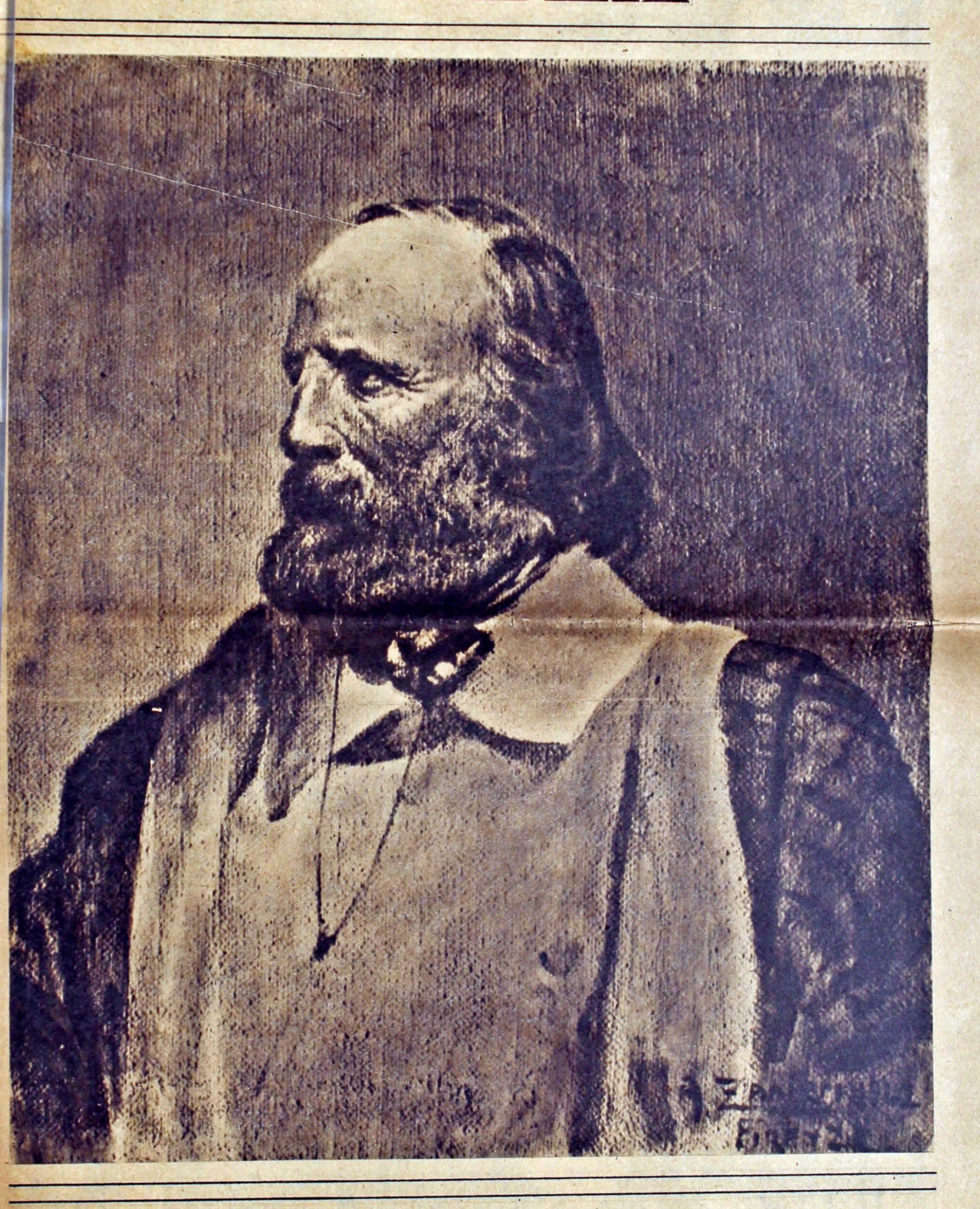
Paysandu canto río

AÑO XXI. — Nº 1028 **EL DIA** MONTEVIDEO, SETIEMBRE 28 DE 1952



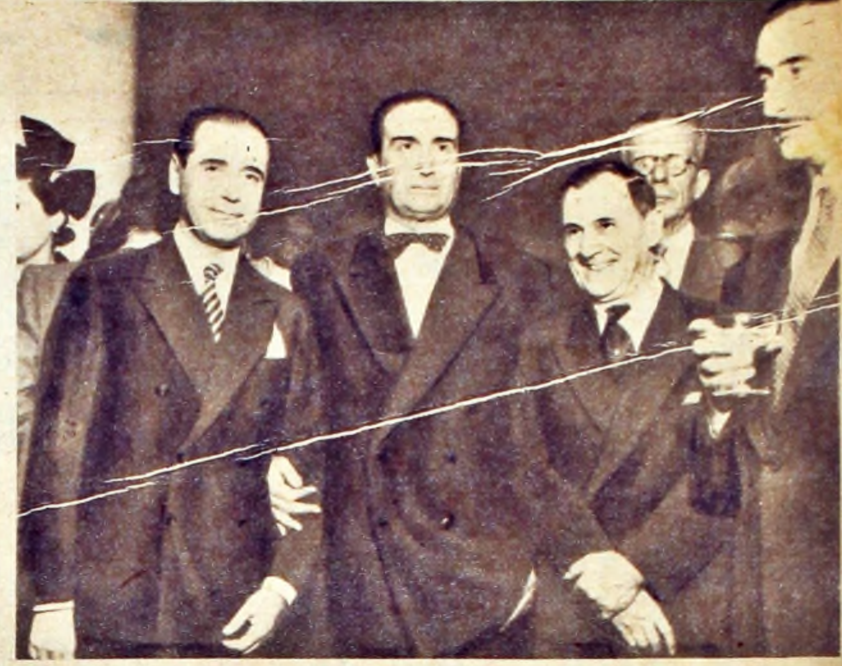
JOSE GARIBALDI

(Retrato de Garibaldi, óleo de Arturo Zanieri).

El "XX de Setiembre" continúa significando para los librepensadores la culminación del triunfo de la causa de la razón sobre los dogmatismos religiosos y los sectarismos totalitarios. Entidades culturales uruguayas, definidamente democráticas, han conmemorado la magna efemérides con la celebración del "Día de la Libertad del Pensamiento".



De izquierda a derecha: el Ministro de Haití, Dr. Pierre Rigaud; Embajador Eccher; el eminente tisiólogo brasileño Dr. Manuel Abreu; Embajador de Francia, Dr. Gilbert Arvengas.



Embajador de Portugal, Dr. Antonio de Faria; Embajador Eccher; el Canciller del Brasil Dr. Neves da Fontoura y el Embajador del Perú Dr. Felipe Tudela.

FESTEJANDO EL 25 DE AGOSTO EN RIO

EN el "Miramar Palace Hotel" de Río de Janeiro, nuestro Embajador en el Brasil Dr. Giordano B. Eccher y su señora esposa Sara Isasa de Eccher, ofrecieron una brillante recepción celebrando la fecha de nuestra Independencia, a la que concurrieron más de 50 representaciones (mundo social en lo que tiene de más significación Río de Janeiro; mundo oficial presidido por el Canciller Dr. Neves da Fontoura; mundo político, uruguayos residentes y en tránsito, etc.)

Dicha recepción, que puso de manifiesto de manera elocuente cuanto es el prestigio de que gozan en el Brasil nuestros distinguidos embajadores, ha sido considerada como uno de los acontecimientos sociales y diplomáticos de los más importantes en el año actual.

El eminente hombre público brasileño, presidente de la Cámara de Representantes, Dr. Nereu Ramos; Srta. Ivete Vargas; Académico y periodista Austrégésilo de Atayde; señora de Nereu Ramos.



Rincón de uno de los dos grandes salones, que estaban repletos de invitados. En primer plano, puede verse a nuestro eminente médico doctor Sarno.

DEL GENERAL LORENZO BATLLE

EPISODIO HEROICO DEL GENERAL GARIBALDI

CUANDO en junio de 1882 llegó a Montevideo la noticia de la muerte de Garibaldi, el pueblo, en una manifestación "nunca vista", a estar a las crónicas todas, exteriorizó su dolor.

Presidía el comité de honras a la memoria del héroe el general Lorenzo Batlle, quien publicó en "La Razón" la hermosa página que vamos a transcribir.

El diario nombrado le dió lugar de preferencia y la anunció en estos términos:

"Recomendamos encarecidamente la lectura del episodio de la vida del general Garibaldi, que refiere en nuestras columnas su ilustre compañero de armas, el brigadier general don Lorenzo Batlle.

Esa interesante relación está escrita con la difícil facilidad de que habla Horacio y tiene el sabor de la verdad histórica sencillamente dicha. Es una página auténtica e importante de la biografía de Garibaldi."

He aquí el "Episodio heroico", como lo llamara su autor:

"En 1845, pronunciada la intervención anglo-francesa para imponer a Rosas la evacuación de las tropas argentinas de la República Oriental, de acuerdo con el gobierno de la Defensa, los jefes de ambas escuadras almirante Larné y comodoro Inglefield, resolvieron dominar la navegación de los ríos Paraná y Uruguay. Mientras la escuadra combinada se preparó a forzar el paso de Obligado, en el Paraná, destruyendo las poderosas baterías de la costa argentina, se le confiaba a la Escuadra Oriental, compuesta de nueve o diez bergantines, goletas y pailebotes, limpiar el Uruguay de todo elemento contrario fluvial y dominar sus costas en lo posible.

Apoderados ya de la isla de Martín García, resolvieron que al subir las escuadras tomaran posesión de la ciudad de Colonia.

La escuadrilla Oriental y las tropas que en ella se embarcaron, iban a las órdenes del entonces coronel José Garibaldi. Se componían las fuerzas de desembarco de trescientos hombres, aproximadamente, de la Legión Italiana; de dos escuadrones de la división Flores, con 50 hombres cada uno, y el batallón 1º de Guardias Nacionales con 140 hombres, a sus inmediatas órdenes. A más de esto, la dotación de los buques ampliamente provista y gran número de oficiales y soldados sueltos.

Zarpamos del puerto de Montevideo en la tarde del 4 de agosto, si mi memoria no me es infiel, y al amanecer del 5 estábamos todos a la vista de la Colonia y de su bahía.

Según supimos después, en la tarde del día anterior había llegado la orden rigurosísima de hacer evacuar la ciudad de todos sus habitantes, orden que se ejecutó bajo las amenazas más severas, obligadas las familias y los negociantes a abandonar todo, excepto lo que pudieran llevar sobre sí.

Desde que amaneció, todos los buques maniobraron para buscar su fondeadero cercando la ciudad.

La Escuadrilla Oriental penetró en el interior de la bahía y fondeó en línea a unos trescientos metros de distancia del pueblo. Los buques anglo-franceses, a triple distancia, formaron un cordón que circunvalaba la pequeña península en que está la planta de la ciudad.

A eso de las diez, Garibaldi hizo señales a todos sus buques para que echaran al agua lanchas y botes de que iban provistos, y descendieron a ellos las tropas de desembarco.

Desde que nos acrecábamos al pueblo para tomar fondeadero, observamos, cuando enfilábamos las calles, multitud de gentes haciendo grandes atados en ponchos, colchas o sábanas. El comandante Sullivan, del bergantín de guerra inglés "Filomel", que desde su fondeadero enfilaba la calle principal, hizo señales a los almirantes, situados cerca de la isla del Farallón, de que el pueblo parecía abandonado y sólo veía soldados saqueándolo, preguntándoles si les haría fuego. El plan de señales era común a las dos escuadras, de suerte que todos atendieron a la contestación.

Los almirantes respondieron que rompieran el fuego. A las primeras balas que entraron en las calles, algo elevadas, rompiendo cornisas y rejas, la tropa que por todas partes veíamos diseminada desapareció. No veíamos picar ninguna bala en la ciudad y sí reventar en el aire, tierra adentro, algunas bombas.

Después de unos diez minutos de fuego, un fuerte "¡Hurra!" se repitió en todos los buques y los disparos cesaron instantáneamente. Posteriormente supe algunos pormenores que he referido y que el cañoneo era dirigido a abatir una inmensa bandera de Rosas que flameaba en las afueras de la ciudad y que una bala de cañón, trozando el asta, había derribado.

Por estos momentos ya estaban todas las tropas de desembarco en las lanchas, esperando la señal de adelantar hacia la ciudad. Garibaldi pasó en una falúa ligera, probablemente a verificar si todos estábamos prontos. Yo me encontraba en una grande y pesada lancha, con más de cuarenta hombres de mi batallón. Me paré para que me distinguiera y saludar. Contestando a mi saludo, me dijo: "Comandante, páse a esta otra embarcación que es mejor y más ligera". Hice acercar la ballenera que me indicaba, en la cual había un oficial con diez y siete soldados de mi batallón y me trasbordé a ella.

Poco después dió la orden de avanzar y todos lo hacíamos en línea. Garibaldi recorría con su ligera falúa, deteniendo a los que avanzaban demasiado y haciendo bogar con más vigor a los que se retrasaban.

Cuando estuvimos a cincuenta o setenta metros de la orilla, vi a Garibaldi enderezar rápidamente su falúa a un muelle de madera perteneciente a una barraca de frutos del país, que había en la parte interior contigua a la muralla.

Subido al muelle, miró rápidamente a todos lados y se lanzó a la carrera hacia el terraplén de la muralla en el cual, en medio de pasto y de la maleza, se divisaba una senda empinada, escalonada en la misma tierra, para facilitar la subida. Llegado a la meseta que al nivel del muro formaba el terraplén, lo vi dar vuelta con viveza la cabeza a derecha e izquierda y lanzarse en seguida a la carrera por encima del terraplén. Lo acompañaban uno o dos ayudantes. A los veinte o treinta metros que recorrió, lo perdí de vista, por interponerse la hilera de casas que, a espaldas del muro, se levantaban a muy poca distancia de él.

Impresionado con que no hacía media hora había visto a todo el pueblo plagado de soldados enemigos y que de cualquiera de las casas podía salir una emboscada que lo cortase, di orden a mis remeros bogasen a toda prisa y atracasen a la orilla. Saltamos a tierra al final de la calle, cuyas casas de nuestro costado izquierdo daban fondo a la muralla y a su terraplén. Esa muralla, perteneciente a la antiquísima fortificación de los portugueses, estaba intacta en el trayecto que recorría Garibaldi por cerca de trescientos metros, terminando en un ancho oso pilar de piedra sillería de cinco metros de altura que servía a uno de los costados del antiguo portón.

No existiendo ya el otro pilar y sí sólo el alto terraplén, la entrada tenía siete u ocho metros de ancho.

Formados mis diez y siete soldados y su oficial, entré a pasos acelerados por dicha calle paralela al muro, mirando a éste por las puertas de las casas que habían abierto los saqueadores, para ver si descubría a Garibaldi. Había adelantado unos cien metros, cuando de repente sentí retumbar el piso como bajo el ímpetu de una carga violenta de numerosa artillería, oyendo a la vez cuatro o seis disparos de arma de fuego, y todo esto tan cerca que nos parecía estar tocando la escena que ocurría. Desconociendo por completo la localidad, creí a Garibaldi perdido o defendiéndose en alguna posición que ocupara. Grité a mi piquete que me siguiera y corrí desesperadamente hasta llegar a la esquina de la iglesia, en que abracé todo el cuadro de la situación. El costado de la iglesia daba a una plaza aproximadamente de unos ochenta metros en cuadro, formando su costado exterior la prolongación del muro hasta el ángulo diagonal a aquel en que yo me hallaba.

La escena que se me presentó a la vista era sublime: me parecía ver la estatua del valor en su más heroica expresión.

Garibaldi, de pie sobre el borde del pilar que terminaba esa parte del muro, la espada en una mano y la pistola en la otra, el cuerpo inclinado adelante y la mirada dirigida también hacia adelante en una actitud de provocación y desafío, veía rebullir a sus pies, estrujados contra el mismo pilar que lo sustentaba, a doscientos o más hombres de caballería. La cabeza de esta fuerza había penetrado algún trecho en la plaza, extendiéndose a los otros lados en el interior del muro.



Se oía el galopar de los jinetes retrasados que llegaban y, pugnando por entrar, imprimían un movimiento de remolino a los que impedían el paso.

A doce o quince metros a retaguardia del pilar que ocupaba Garibaldi, existía otra senda empinada en el terraplén, escalonada como la primera, y arriba estaba un ayudante de Garibaldi en actitud de impedir la subida. Llegaba hasta allí la multitud de soldados, pareciendo estimularse a intentar la escalada, probablemente paralizados por el temor de perder los grandes atados del saqueo que todos traían en las cabezadas de sus recados.

Esta circunstancia y el ir toda aquella caballería armada de lanzas y sables, hizo que el peligro fuese menor, aunque sin disminuir en nada la heroicidad del hecho.

Los cinco o seis tiros que se sintieron, eran probablemente de las pistolas que disponían.

Tres o cuatro segundos me bastaron para imponerme de la escena, y durante este corto espacio de tiempo que permanecí al descubierto tengo la conciencia de que nadie me vió, fascinadas todas las miradas por la actitud valiente del héroe.

Di un paso atrás, ocultándome con la esquina, formando casi instantáneamente en la vereda mi pequeño piquete y recordándoles hicieran puntería baja. Los hice dar una conversión a la izquierda hasta enfrentar al enemigo. Entonces, con voces fuertes y precipitadas para hacer creer que mandaba una fuerza imponente, dije: "Columna, alto!... ¡Compañía del frente, preparen, apunten, fuego!". A mis voces y a la descarga que siguió, toda aquella gente se precipitó desatentada a huir, estorbándose unos a otros, pechándose y gritando ansiosos: "¡Franqueen el camino!".

Empezábase a oir el fuerte galope de la gente que disparaba, cuando ví a Garibaldi correr desde el pilar hasta la senda practicada en el terraplén, y con los brazos en cruz y sirviéndose de ellos como de balancín, descender con una agilidad pasmosa, caer al pie del piso de la plaza y correr, amenazando con su pistola a los últimos grupos que huían, saliendo apareado a ellos fuera de la abertura del portón.

Lo perdí de vista de nuevo, e inquieto otra vez por su suerte, dije al oficial que mandaba el piquete que en cuanto acabara de cargar las armas me siguiera.

Corrí desesperadamente para detenerlo y al llegar al portón noté sembrado el suelo de cantidad de objetos del saqueo, como zapatos nuevos o piezas de género de diferentes clases, cartones con tijeras y gran cantidad de botellas estrelladas, cuyo líquido empapaba la tierra.

Saliendo afuera, ya no descubrí caballería ninguna, perdida en el bajo a cuadra y media o dos de la ciudad, percibiendo sólo a Garibaldi que corría arrimado a la pared de piedra que orillaba el lado izquierdo del camino, próximo a una gran casa que, en la vereda opuesta, a unos ochenta metros de distancia, se presentaba a la vista.

Seguí mi carrera hasta entrar en aquella casa, en que Garibaldi me había precedido de medio minuto quizás, y cruzando dos o tres piezas lo encontré recostado tranquilamente en el marco de una puerta que miraba al campo enemigo. Al sentir mis pasos se dió vuelta, y, agitado como yo llegaba, le dije:

—Coronel: no traigo sino diez y siete fusiles y el resto de tropa tardará rato en llegar.

Garibaldi me encaró por algunos instantes con un semblante serio y plácido, dejándome adivinar que comprendía el reproche a su temerario arrojo que envolvía mi advertencia y que experimentaba a la vez la satisfacción de su propia conducta. Nada me contestó en el momento, y retrocediendo a la puerta por donde habíamos entrado, siguiéndolo yo, vimos a mi piquete que venía a paso de trote. Volviéndose entonces a mí, me contestó con semblante sereno e inflexiones de voz afectuosa:

—Está bien, comandante; pero esta posición es importante y con esa gente debemos conservarla.

Era la misma casa donde no hacía media hora flameaba la bandera de Rosas, abatida por las balas de la escuadra.

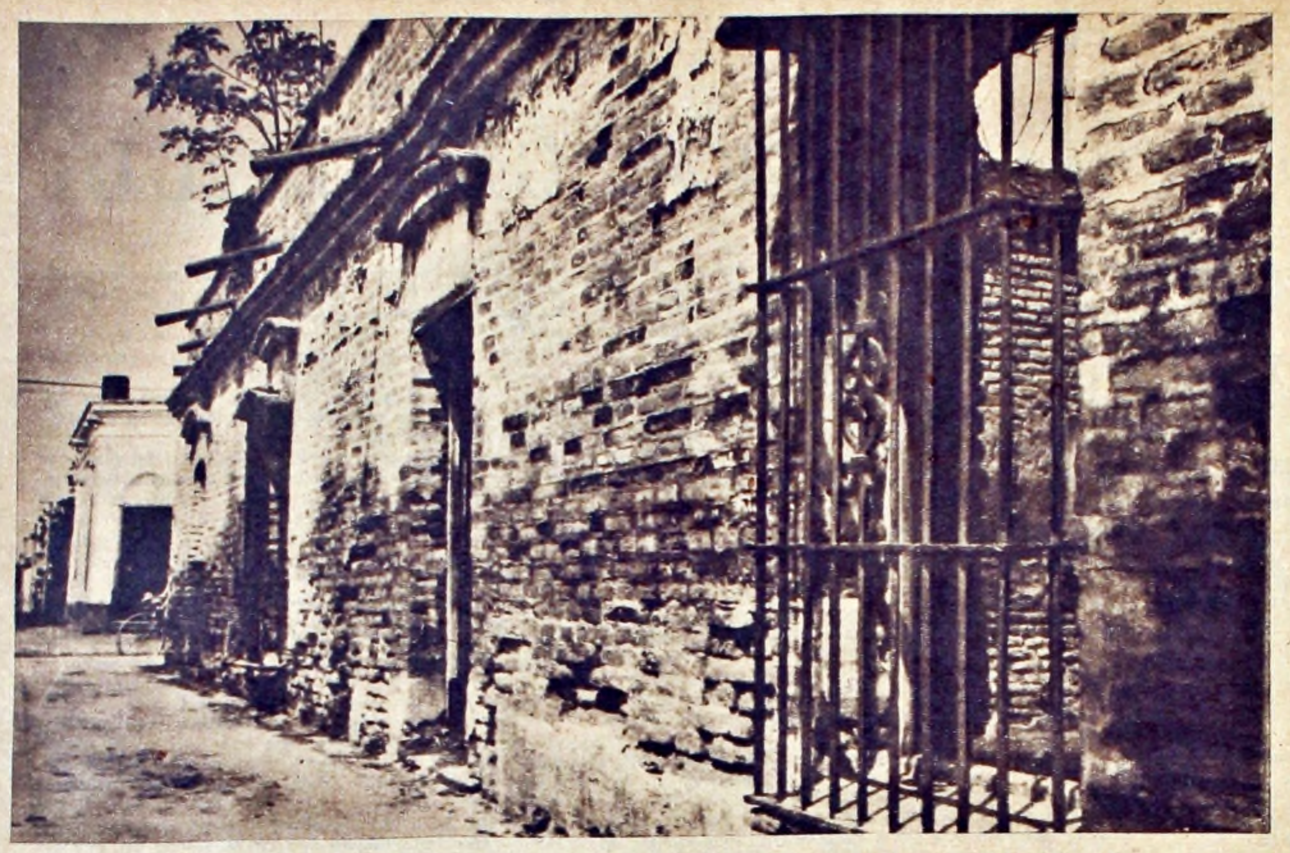
Apenas se mostraron a vanguardia de la casa mis soldados, seiscientos infantes enemigos rompieron sobre ellos un fuego nutrido, causándonos algunos muertos y porción de heridos, recordando entre éstos al coronel don Ventura Rodríguez.

La actitud de Garibaldi que he descripto, me impresionó tan vivamente que he relatado muchas veces el episodio. El sargento mayor Fiorito me hablaba de él cada vez que me veía, diciéndome que él y un sargento de la Legión Italiana que actualmente reside en Buenos Aires, eran los que acompañaban a Garibaldi. El capitán don Lorenzo Lezama mandaba mi pequeño piquete.

En la apoteosis que el pueblo de Montevideo hace hoy a Garibaldi, me ha parecido oportuno dar a publicidad este episodio, generalmente desconocido, aún cuando el indomable valor del héroe no era sino el menor de sus méritos, sobresaliendo su personalidad por la abnegación, el desprendimiento y ardiente amor a la libertad."

LORENZO BATLLE.

Julio 23 y 1882. — (EL DIA, 20 de setiembre de 1929).



Una construcción de la época en el pueblo de Soriano, que sigue desafiando la incuria de los hombres y la furia de los elementos.



Ejemplar de reja forjada en Santo Domingo de Soriano. Ella es testimonio superviviente de un nuevo estilo de vida introducido en la tierra uruguaya.



Interior de una casa colonial de Soriano. Los hombres han abandonado su recinto, pero los árboles son más agradecidos que los hombres y en ella han echado raíces.

ENTREVISTAS SIN PALABRAS:

"Fray Bernardino de Guzmán"

CUANDO el Inspector Departamental de Enseñanza Primaria de Cerro Largo, Sr. Enrique Brayer, me preguntó si verdaderamente estaba decidido a radicarme en el campo, dedicado a la Escuela Rural, le dije, poco más o menos:

Mire usted: de haber yo vivido en el siglo XVI, hubiera sido uno de esos españoles que en América alcanzaba fama de conquistador, cuando le salían bien las cosas, o de bandido, si fracasaba. Pero es muy fácil que me hubiera dado por ser misionero, de esos que la emprendían a cristazo limpio con los encomenderos. En la España de mi tiempo, las carreras de las armas e iglesia dan provecho pero no honra, por eso no fuí militar ni clérigo. Me empeñé en ser maestro, por considerar que en dicha profesión se requiere mucho de conquistador y otro mucho de misionero, según estilos de la hora. En resumen: si tiene usted alguna escuela, de esas que hay en todos los países. donde ningún maestro quiere ir, a esa escuela setoy dispuesto a ir yo.

Bien presumía que había de tener gratas sorpresas, tanto por el contacto personal como por la vivencia del paisaje. Yo no sé si el mundo está por descubrir, lo cierto es que el hombre continúa siendo un desconocido, no por resonancia del libro de Alexis Carrel, sino por la ruta de las intimidades fraternas, comprensivas.

Y he ahí cómo, en competencia con los ratones, he descubierto un hombre. Nada menos que todo un hombre, como diría Miguel de Unamuno— y perdone el lector este fluir de citas innecesarias, como casi todas las citas—. Digo en competencia con los ratones, porque la biblioteca —llemémosle así— de esta escuela rural, ha sido casi totalmente devorada por ellos, con una constancia muy superior a la de los lectores que por ella hayan podido pasar. Pero entre los cuartos y medias páginas que dejaron los roedores, hallé la imagen de Fray Bernardino de Guzmán y algunos datos de su misionera vida. He de confesar que de tal figura ignoraba hasta su existencia. Para mí ha sido un descubrimiento. Proclamo igualmente mi prevención al ver la imagen de un fraile. Dije para mí: "con la iglesia hemos topado", guárdate. Pero no soy tan supersticioso en achaques de sotana como mi compatriota el poeta León Felipe, que a su paso por Melo, preguntando sobre algunos lugares dignos de visitarse, cuando le nombraron Fraile Muerto, dijo: "Si está muerto, menos mal".

Así es cómo, aunque de una manera fragmentaria, me enteré que Fray Bernardino de Guzmán, acompañado de fray Antonio Aldao y el padre Villavicencio, apareció por la desembocadura del río Negro a la busca y captura de infieles, captura en el buen sentido de la palabra, en el más elevado sentido. No le fué muy bien en este afán beato y salvador. Los charruas que pudo reducir tomaron las de Villadiego, trasladando sus toldos a la otra parte del río. Parece no notaron mucha diferencia entre sus ídolos y los nuevos ídolos que trataban de imponerles. Esta actitud de los aborígenes charrúas coincide con la de los yaros abandonando a los jesuítas, los minuanos desertando de la jurisdicción del jesuíta González y los tarumas o monteses abandonando a los padres Pons y Villagarcía.

Pero Fray Bernardino de Guzmán era de auténtica pasta misionera, de una humanidad comunicativa, de una tenacidad hispánica, de una fortaleza amasada con tierra y ventisca, cuarada al fuego de las pampas. El humanizaría al hombre y al paisaje. Adquiriría el distintivo de la auténtica conquista española, el sentido fundacional, la creación de una nueva realidad, síntesis de un complejo de realidades físicas y espirituales. Para el buen atisbador de coyunturas históricas, nunca faltan ocasiones, y Fray Bernardino de Guzmán halló una propicia para el cumplimiento de sus afanes.

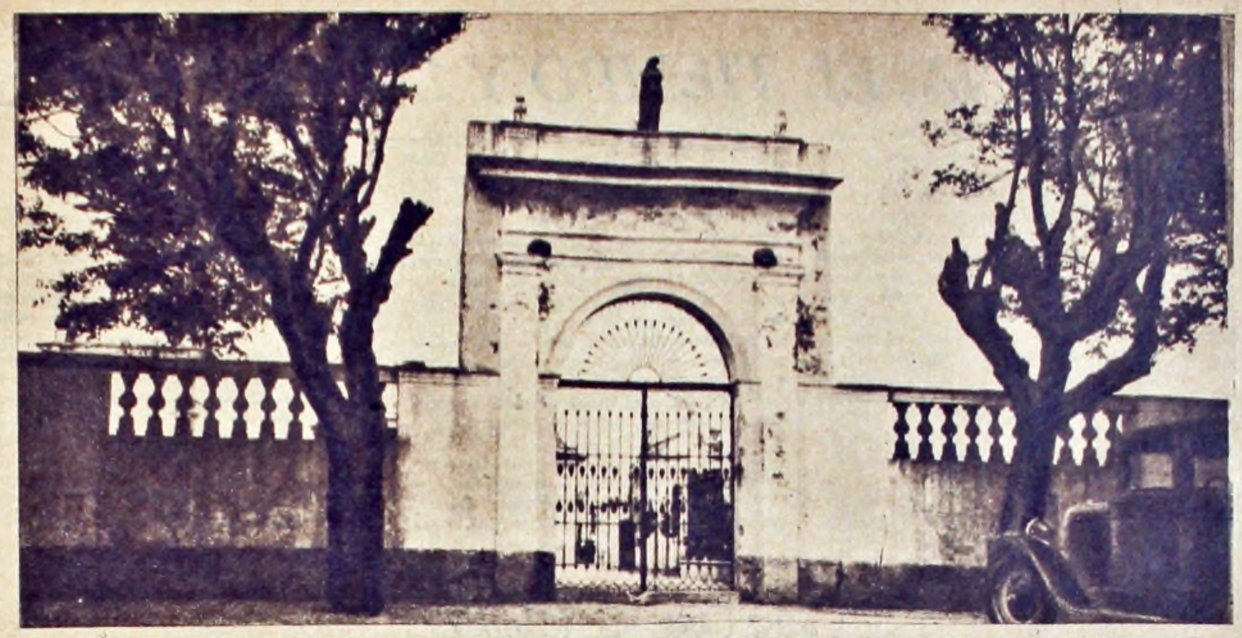
La ocasión fué ésta: parece coinciden los historiadores en que los chanás, temiendo a los charrúas, se refugiaban en las islas de la desembocadura del río Negro, pero no considerándose muy seguros, solicitaron la protección de los españoles. ¡Ingenuos! Ayuda que les fué concedida por el gobernador de Buenos Aires. Parece que el gobernador era persona discreta, pues de discretos es fiar empresas históricas a los discretos, y así fué cómo Fray Bernardino de Guzmán, al frente de siete misioneros, pisó de nuevo tierras del río Negro, transportados por un queche cuyo nombre era "Chaná Aranzazú". Y vino luego la fundación de Santo Domingo de Soriano. (Aprovecho la ocasión para lamentarme por no haber podido visitar Soriano y saturarme un poco de su aire espirtual, pues mi crónica de hoy alcanzaría mayor densidad, pero otra vez será ,si no me falla la plata como en la otra).

Pero no en balde el padre Gurmán había fracasado anteriormente. La experiencia es una acumulación de fracasos. Ahora venía con nuevo pulso sobre el timón de su entusiasmo. No para frenarlo precisamente, sino para darle más ímpetu liberador.

¿Hubo reducción de los indios chanás? Fray Bernardino de Guzmán comprendió que, desde el momento que unos determinados hombres necesitan ser reducidos, se les ofende en su dignidad humana, o se degradan ellos mismos si se dejan reducir pasivamente. Lo que importa es civilizar sin esclavizar, pues la civilización es un camino que el hombre traza para su liberación. El misionero empezó por respetar la libertad de los chanás, lo cual estaba dentro de las más estrictas normas de derecho de gentes, que un siglo antes hizo florecer la recia humanidad de Francisco de Vitoria. Si los chanás habían llamado a los españoles, era para liberarles del terror charrúa, no para esclavizarlos ni para reducirlos. Se deduce claramente de estas palabras de Félix de Azara:

"Al arribo de los españoles habitaba una nación en las islas del río Uruguay enfrente de la boca del río Negro, y cuando despoblaron los españoles la ciudad de San Salvador, pasaron los chanás a establecerse en la costa oriental del río de San Salvador. Acosados por los charrúas, volvieron a sus islas, fijándose principalmente en la llamada de los Vizcaínos. Pero, temiendo padecer el exterminio de los yarós y bohanés, que era reciente, solicitaron de los españoles de Buenos Aires que los defendiesen, ofreciendo ser cristianos". ("Descripción e historia del Paraguay y Río de la Plata").

Querer ser cristiano no es aspirar a ser reducido, aunque muchos cristianos crean y practiquen lo contrario. Y en convivencia con los españoles estuvieron los chanás de Santo Domingo. Aprendieron vida sedentaria perdurable, dejaron tolderías y aprendieron a construir ranchos, se dedicaron a cultivar la tierra, trabajaron esteras y cestos, manipularon el barro para la alfarería, cambiaron usos y costumbres y se



Puerta del cementerio de Soriano, que conserva su estilo colonial y en cuya tierra continúan los restos de los primeros pobladores de un pueblo nuevo.

aclimataron a un nuevo devenir humano.

Pero lo que asombra no es tanto el trato que Fray Bernardino daba a los chanás sino el que enseñara a los españoles que acudieron a poblar los nuevos lugares a respetar la libertad de los aborígenes. No era ése el ejemplo que se practicaba en el resto de América. La misma colonización jesuítica en el Paraguay era ejemplo de reducción, de sumisión, de explotación, pues a eso equivale eliminar del hombre su posibilidad de autogobierno. Por esta doble misión, libertad de los indios en la civilizada convivencia, y respeto a esa libertad por parte de los conquistadores, Fray Bernardino de Guzmán ha recibido el título de "iniciador de la sociabilidad uruguaya".

Gracias a esta empresa civilizadora, la Villa de Santo Domingo de Soriano tenía a fines del siglo XVIII 3.600 habitantes, siendo un centro de intenso intercambio comercial con Buenos Aires y Montevideo. Los resultados de tal misión, podemos valorarlos por el hecho de que los hijos y nietos de aquellos chanás catequizados por el Padre Guzmán y sus compañeros, se consideraban ya españoles. Prodigio de una abnegación y apostolado de los que tanto tenemos que aprender aún hoy. Cuando vemos la artificiosidad con que se quiere poblar las tierras desérticas, nos damos cuenta que no es sólo la máquina, y la escuela, y el puesto avanzado con telégrafo y policía, y la colonia como isla humana en la llanura, sino que hace falta ese algo más de los auténticos misioneros, del que tendrían que aprender los maestros de hoy para situarse en el verdadero papel de su labor histórica. ¿Tanto se ha desvalorizado el hombre que ya no es posible aquel fervor y aquel respeto a la libertad del prójimo?

Desgraciadamente, fray Bernardino de Guzmán no ha tenido el reconocimiento de Fray Bentos y el Padre Sandú. Ignoramos si hay toponimia urbana que lo recuerde



Fray Bernardino de Guzmán, creador de la sociabilidad uruguaya, fundador de Santo Domingo de Soriano.

en mérito de su alta misión histórica. Milagrosa misión. Nada menos que dar sonrisa y flexibilidad a los aborígenes. También parece coinciden los historiadores en que los aborígenes eran hombres de tal severidad, que no sabían reír. No dicen si sabían llorar, aunque lo dudamos, pues las lágrimas son el contrapunto de la risa. Especialmente los charrúas eran extremos en la severidad de gesto. Ni la risa ni la sonrisa. Aun no se había insuflado en su alma la gracia de los ensueños, y vivían en continuo aterramiento, pero sin saber de las savias de la tierra, que son flor y fruto.

Por eso eran también inflexibles. De una dureza igualmente extrema en su oposición a toda influencia exterior. No sólo no admitían la colonización de los españoles, perseguían hasta exterminarlas a las tribus que se sometían a ella. He ahí la causa de su exterminio. Que bárbaramente fueran inmolados, en la emboscada que les organizó el coronel Bernabé Rivera, en sus últimas tolderías al norte del Río Negro. Fué un barbarismo, cierto, pero en su interpretación trascendente, fué la purga del pecado de no saber reír... ni llorar. Cuán fácil es matar a los hombres, una vez iniciado el aprendizaje homicida, pero cuán difícil enseñarles a sonreír y a tener flexibilidad en el trato con los demás hombres. Para lo primero es suficiente con ser belicista, para lo segundo es necesario ser misionero, virtud que sólo alcanzan raros espíritus, como el que le cupo en suerte al Uruguay en la figura de Fray Bernardino de Guzmán.

Cómo atraen estas figuras señeras de nuestra historia. Fueron los grandes exagerados. Desde fray Bartolomé de Las Casas hasta fray Bernardino de Guzmán, forman una constelación de espíritus abnegados para quienes el hombre, cada uno de los hombres, constituye una realidad universal. Quien arrebataba al hombre una partícula de esa universalidad, encontraba el celo exacerbado de los misioneros para la defensa del derecho ultrajado. Y en realidad no eran exagerados, pues sospechaban, y estaban en lo cierto, que con un solo ser que sufra, queda malparada la obra de la perfección creadora.

Pero lo que atrae más en fray Bernardino de Guzmán es su práctica de la libertad, y la enseñanza para que todo el mundo la respete en sí mismo y en los demás. Hemos citado a Francisco de Vitoria como constructor de una nueva teoría para regular la vida de los hombres, pero tanto como su influencia en nuestro misionero, influirían en él las palabras de ese otro gran misionero del amor entre los hombres, espíritu justiciero en la aventura que es Don Quijote. Cervantes le hace decir en su plática con Sancho:

"La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los Cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida". ("Don Quijote de La Mancha", Parte II, Cap. LVIII).

Por ser el fundador de la convivencia uruguaya en plan de libertad y respeto entre todos los hombres, pordiosearía yo para fray Bernardino de Guzmán un recuerdo de nombre y lugar que lo perpetuase en la referencia geográfica del Uruguay (y que se me perdone mi ignorancia si el lugar existe y yo lo ignoro). ¿Quién más acreedor a ese recuerdo? Por varios títulos: por ser el primero en fundar recinto urbano en la nueva tierra; por ser el primero en incorporar indios a la fusión con los nuevos hombres y las nuevas ideas; por ser el primero en enseñar y practicar el respeto a la libertad del hombre, cualquiera que sea su condición de raza o social; por ser el primero que se acercó a los indios con la gracia de la sonrisa y les enseñó a sonreír. ¿No serán éstos suficientes títulos?

Pues le podemos agregar el de ser el primer gran olvidado, en estos tiempos en que se recuerda a tanto insignificante.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA). Fotos Telesca.



Iglesia de Santo Domingo de Soriano, supervivencia colonial, cuyos cimientos contemplaron la primera misión liberadora del hombre americano, con el verbo apostólico de fray Bernardino de Guzmán.



Un patio colonial de Soriano. Lo sólido y lo rústico dan tono de recogimiento para la seguridad del hombre y el verde de las plantas.

LA LUNA, EL TIEMPO Y LOS HOMBRES

La influencia de la Luna en los procesos atmosféricos que constituyen lo que comúnmente es denominado como "tiempo", ha sido objeto de la atención de los hombres de casi todos los lugares y épocas.

También se atribuye a este astro, una decisiva acción sobre muchas otras cosas ligadas a la vida humana: las siembras y las cosechas, las adversidades meteorológicas (temporales, heladas, etc.), el corte de las maderas en los árboles, el crecimiento del cabello, etc. A mayor abundamiento, se cree que actúa en forma incontrovertible sobre ciertos procesos fisiológicos y sobre el carácter de los hombres.

¡Inmenso campo de estudio es el que se abre ante los ojos del que trabaja dentro del orden científico! Porque una de las misiones de la ciencia, es la de observar en torno de nosotros, buscando la explicación clara y universal de las cosas, liberándonos de prejuicios y de mitos, para dejar paso a la verdad. ¿Qué dicen, pues, la Ciencia y la Filosofía Natural, acerca de este cúmulo de creencias acumuladas en torno de la pálida figura de la Luna? ¿Han podido quizá destruir todas las supersticiones a que ha dado objeto la presencia de nuestro satélite? ¿Han podido, en suma, demostrar por métodos claros y rigurosos, que tal o cuál influencia es real o imaginaria? La respuesta definitiva aún no nos ha llegado; pero es seguro que no ha de pasar mucho tiempo, antes de que se pueda establecer cuál es el límite entre la superstición y la verdad; entre lo presentido y lo real.

Es muy difícil reseñar el estado actual de nuestros conocimientos científicos acerca de tan interesantes problemas. Pero lo intentaremos, tratando de dar una visión general y objetiva de las cosas.

La Luna: medida del tiempo. — Desde que el hombre quiso regular sus actos tomó como unidades de tiempo, a muchos ritmos naturales. El día solar y el año, como períodos fundamentales, tienen por base la rotación y la traslación terrestres.

La idea del mes nace del ritmo lunar; es decir del período de traslación del satélite en torno de la Tierra, cuya revolución sinódica es de 29 días y medio. Observando el tiempo transcurrido entre dos "fases" fundamentales y consecutivas (p. ej. del primer cuarto al plenilunio), se llegó al concepto de la *semana*, porque su duración es prácticamente la de ese proceso.

La Luna constituyó, pues, con toda razón, una suerte de almanaque luminoso para las primitivas civilizaciones; y no tiene nada de extraño el que, para ajustar los actos de la vida (trabajos y festividades) los hombres hayan sido regulados por las apariencias de la Luna, astro radiante y visible; la mayor lumbrera natural después del Sol. Con el avance de los conocimientos astronómicos, la regulación del tiempo fué sometida a más severos cánones: se llegó a la creación del *día solar medio*, en una forma tan artificiosa como se estableció un año y un mes "comerciales" de 360 y de 30 días respectivamente. Con el avance de la ciencia, la Luna debió, pues, de perder su predominio como reguladora del tiempo; y así lo fué y lo es para gran parte de la Humanidad que hasta se ha desvinculado un tanto del mismo Sol). Empero, otra parte no menos considerable de los hombres, sigue creyendo en el papel decisivo de la Luna, sin advertir que, lo que en un principio estuvo asistido por razones como medida de tiempo, y no por sus "influencias"), ya no tiene ni remotamente razón de ser. Se ha trasplantado, puede decirse, el problema, al atribuir influjos particulares de la Luna en la marcha de las siembras o de otras labores agrícolas. Y es en vano que se intente redimir a muchas gentes de este error, porque tiene raíces afectivas y psicológicas muy profundas, que es necesario por lo menos, enunciar.

Las supervivencias en el mito lunar. — Los psicólogos conocen por "supervivencias" aquellas ideas que, en forma más o menos ostensible, perduran en forma casi subconsciente, para invadir muchas veces el espacio iluminado por la misma razón. El hecho de que el ritmo lunar haya servido de guía a las primitivas colectividades, perdura hoy, tomando otra forma. Ya nadie habla de "meses lunares" como medida del tiempo; sino de "fases" y de "lunas buenas o malas". Supervive *la acción*, aunque en la época moderna, regulada por el calendario gregoriano, se la supedite a la influencia lunar más que a la estación de año.

Difícil es extirpar estas creencias, porque proceden de muy lejos, y más aún, porque, como lo establece muy bien Carlos Vaz Ferreira, "el hecho de obrar de acuerdo con una creencia (justa o errónea) tiende a reforzarla psicológicamente", con independencia del valor lógico que pueda resultar de un objetivo examen científico o racional. Así, si se pregunta a un agricultor, por qué siembra *en creciente*, o hace tal o cual operación *en menguante*, casi invariablemente dirá que "porque es absolutamente necesario". Y si se le trata de convencer de lo contrario, dará una respuesta típica de todos aquellos que se sujetan a una creencia cualquiera: *"pues, tanto yo, como Fulano o Mengano, desde toda la vida, hicieron así..."*

La Ciencia tiene el deber de esclarecer qué parte de verdad puede haber en dichas afirmaciones; y en el caso de la agricultura, por ejemplo, existen ya algunas conclusiones bien categóricas.

Cuáles son las influencias lunares. — En primer lugar está la *gravitacional:* la Luna atrae a la Tierra, con la misma fuerza que ésta atrae a la Luna. Los flúidos (atmósfera y mares) experimentan esta atracción, del cual constituyen el mejor ejemplo, las *mareas*, de todos conocidas. En segundo, está la *lumínica:* la Luna devuelve a la Tierra una pequeña parte de la luz solar; y durante la fase llena, la intensidad, aún cuando es pequeña, no resulta despreciable (del orden de 1/4 de bujía). *Es probable que muchos brotes vegetales y muchos otros procesos incipientes sean efectados por esa pequeña claridad que, durante las fases apropiadas* (del creciente hasta después del plenilunio) obra como una suerte de pálida prolongación del día. En esto debe verse la enorme sensibilidad y la complejidad de los procesos vitales que rigen el crecimiento de las plantas. Algunas experiencias comparativas realizadas por grandes investigadores, ponen de relieve la exigua, pero no nula influencia *de la luz* lunar sobre los plantíos.



La luna, dos días después del cuarto creciente. (Fot. Observatorio Yerkes).

En cambio, la *influencia térmica* es prácticamente nula, y no puede en modo alguno concebirse cómo se atribuye a la Luna una acción "disolvente" sobre las nubes, cuya formación y destrucción están regidas por factores térmicos. Como la Luna creciente es visible *al caer la tarde*, cuando las nubes convectivas, provocadas por el recalentamiento del suelo en las horas centrales — tienden a achatarse y disolverse — el hombre relacionó indebidamente esta apariencia, con la Luna. De ahí el proverbio "la Luna se come a las nubes", que se extiende, desdichadamente, al régimen de lluvias o tempestades, cuya formación o destrucción reconocen por causa la circulación general, impuesta por el Sol.

En cuanto a la influencia lunar sobre otros procesos fisiológicos, puede darse por seguro que no existe. Si hay ritmos claros en el cuerpo y en el espíritu, debe buscarse su causa en el Sol, cuya radiación eléctrica y térmica, que causan profundas modificaciones en todos los órdenes, sufre cambios cuyo período está ligado al de la rotación solar (27 días) y al ciclo undecenal (once años y medio). Es sobre todo el primero (rotación) el que más se asemeja al período de traslación lunar (mes lunar). Y no sería extraño que, entre un fenómeno casi inaccesible sin ayuda de instrumentos (rotación solar) y otro que es constatable a simple vista (fases de la Luna), el hombre haya optado por adoptar el segundo, como unidad incontrovertible.

Roberto E. LAGARMILLA

Setiembre de 1952.

(Especial para EL DIA)



Quito y el Cayambe.

PERFILES DE LOS ANDES

CREE Francisco Terán, que la presencia de una de las más vastas y activas regiones volcánicas del mundo, ha hecho del Ecuador "como un compendio de lo que son los países andinos sudamericanos (Colombia, Perú, Bolivia, Chile)". La configuración del Ecuador depende de la gran cordillera de los Andes —añade— y recurriendo a una imagen biológica —la geografía es la vida misma—, afirma que los Andes constituyen la columna vertebral ecuatoriana.

De tal modo el nombre de esta República sureña se aviene con su situación de equinoccio, por más que a los observadores distantes y poco informados les diera, de pronto, la impresión de una tierra africana, requemada por el sol de canícula. Pero la cordillera ecuatoriana, esas "dos cadenas de montañas separadas por un valle longitudinal", de acuerdo con la precisa definición de Bouger, ofrece el mejor contraste, no sólo de pintoresca gracia, sino también de solemnes perfiles, porque no se dá como en este, en paisaje alguno, el vértigo de lo alto y la dulzura de lo hondo; los aguados o contorneados picos de nieve; la geometría granítica que señala ondulaciones en el cielo y la proporción de valles coloridos, de una gama completa de verdes y de ocres. Alzais los ojos y la difícil medición del sublime os asalta. Pero en volviéndose a los campos próximos, se apercibe a veces una tersura de égloga, hasta con la nota apaciguada de los rebaños, y si la cordillera occidental abriga a los valles, a las ciudades que se trazan con líneas en algo semejantes a las de Castilla o Vasconia, por el dorso de la oriental nacen los paisajes bravíos, con sus enramadas gigantes y sus brazos de torrente, algo disformes en su salvaje belleza, como si estuvieran en el primer día de la creación.

Las más audaces como también las más variadas y eurítmicas formas pueden verse en los Andes ecuatorianos. Emerge el Chimborazo como una pétrea definición de la altura (6.310 mts.). Imposible prescindir del recuerdo del poema de Olmedo, quien le llamó Rey de los Andes. "Rompe la simetría y desde sus tres mil metros de elevación, cubre de nieve el contorno de su mole —apunta Fr. José María Vargas en su ensayo sobre la estética del paisaje ecuatoriano—. Desde su cima domina el mar y ha presenciado, desde hace siglos, el hundimiento de los volcanes rivales. En las faldas del Chimborazo se aclimataron las llamas que proveían de vestidos a los habitantes del Incario. Su altura deslumbró a Pedro de Alvarado. Humboldt y Bompland sudaron sangre por ascender a su cumbre..." ¿Llegaría Bolívar hasta sus empinados hielos, a la conjunción soberbia del fuego de su cráter y la nieve que decora sus sienes, como en un diamantino encantamiento? Pero si aquél que traspuso los Andes, en hazaña de más cuenta que la de los pasos alpinos de Napoleón si hubiera sólo bordeado sus escarpadas vertientes de pórfido, consagró el anhelo perfecto de llegar a la región de la extraordinaria ventisca, en su alegoría "Delirio sobre el Chimborazo", en la cual el hombre y heroico habla conjurando al tiempo y al espacio, como un poeta de las más eternas imágenes.

El inglés Whymper llegó a su cumbre en 1880. Nicolás Martínez, el andinista ecuatoriano, en 1911. En el 47 ascendieron a sus filos arduos Arturo Eichler, el alemán Ricardo Wagner y el fotógrafo Robinson, para ver cómo los ríos arrancados desde las entrañas volcánicas, siguen su marcha hacia el Pacífico. Bajo sus vertiginosos contornos, la villa de Riobamba demora, fría y plana, pidiendo a los rebaños sus vellones o buscando abrigo desigual a los macizos de la floresta.

Oscuro el Tungurahua (5.080 mts.), es el vigía de los campos ambateños, cuya fertilidad depende también de la lucha del hombre con las tercas arenas, y a la vez de los ríos que se riegan para fecundar Atochas y Lirias. Miraflores y Catiglatas. Ambato de Montalvo levanta su mirada a la severa escultura del Tungurahua, de sabiduría telúrica y de altiva testa. Por otra de sus laderas, el valle de Baños se recoge en su geológico sueño que avanza por las corrientes orientales, que hierve en las aguas médicas, que asciende en el jugo de los cañaverales, que cuaja en la menuda granada de la naranjilla o en la carne verde del aguacate. Del corazón del Tungurahua sale el tormentoso Pastaza, con sus ambos que estallan, con su rugiendo mitología que se aplaca al ganar los campos orientales, volviéndose purificado en verde cristal como ángel tierno o en viaje de transparencia en donde las espumas parecen encajes de sueño.

La ciudad de Quito es o fué una fortaleza. No tiene propiamente una cava como la Toledo imperial, pero sus quiebras fueron fosos naturales y el marco volcánico que le trajo las tempestades le puso también a cubierto de las invasiones humanas. Su arrugado Pichincha bramó en otro tiempo, despertó a los duendes largos del terremoto, por lo que los poetas de la Colonia, con erizamiento hasta de "los pelos de la imaginación", según la culterana imagen de la época, cantaron aterrados a sus truenos y se formó una epopeya llamada La Volcánica. Pero ya reposan los Pichinchas, así el Rucu o Viejo, con su altura de cuatro mil setecientos y un metros, como el Guagua o Niño, que asciende a los cuatro mil setecientos ochenta y nueve. Descansan en rocas y se aplanan después, en los arenales, hasta los campos quitenses.

El esbelto Cayambe mira a la ciudad de Quito desde su atalaya de cinco mil setecientos noventa y cuatro metros. Es el broche de diamante de los Andes ecuatorianos. Apunta hacia regiones de planicie, a consoladoras verduras en donde parecería imposible la caída de las briznas locas del atomismo.

Por otro lado de la Provincia de Pichincha, con vista al valle de Machachi, de dilatada ganadería y aguas minerales que tienen la sal de la vida, el anguloso Illiniza con su estatura sobre los cinco mil metros, con una cima como para ofertorio a las nubes, señala el enlace de los predios occidentales con los de Oriente. Allí, en sus faldas, el crepuscular espejo del lago. Allí, su paisaje con un dosel de hierbas incultas, de entre las cuales emerge, como un dolor conforme, la flor del espino.

Augusto ARIAS.

Quito, setiembre de 1952. — Especial para EL DIA de Montevideo.



El Chimborazo. (6310 metros).



El Tunguralma. (5080 metros).

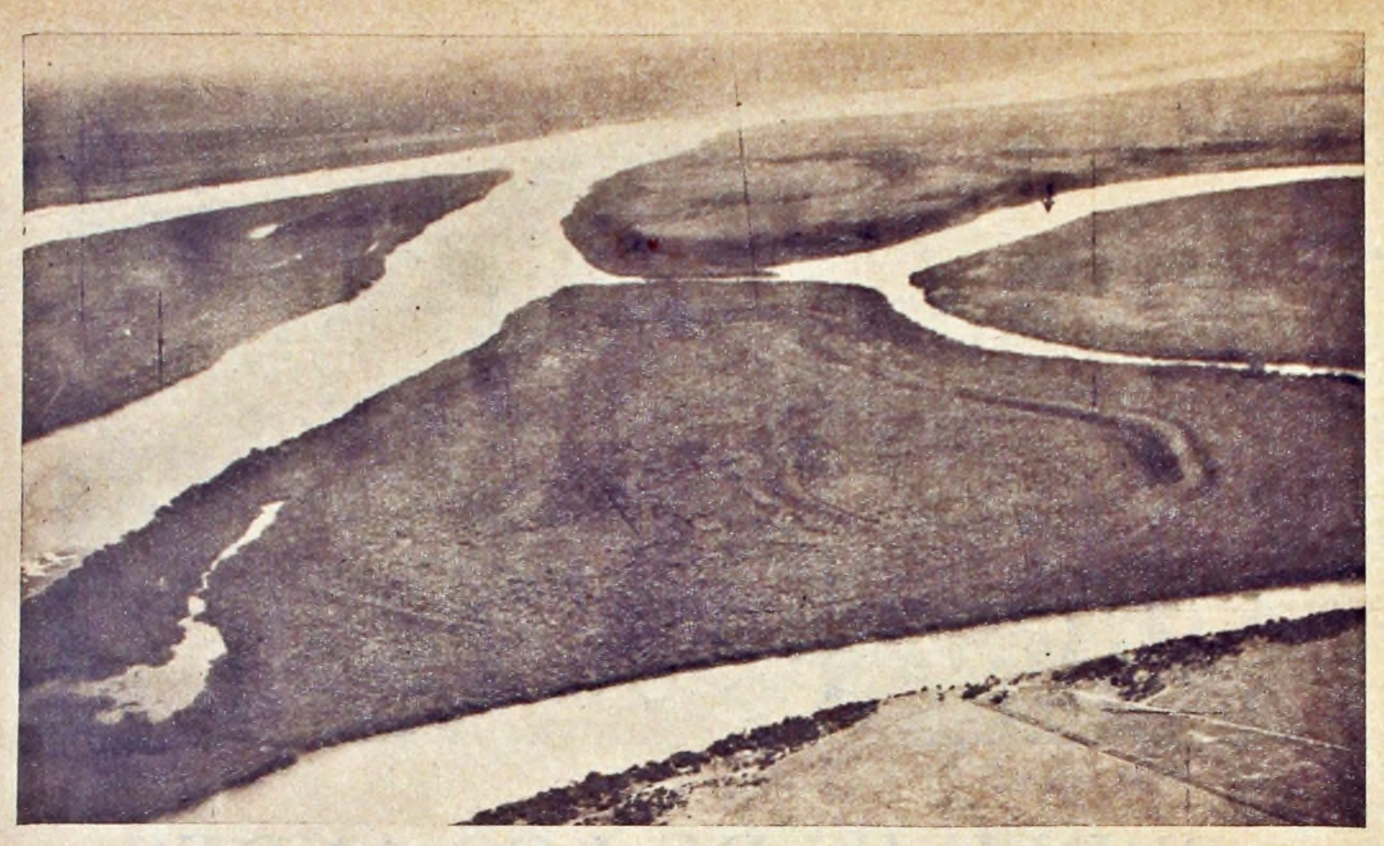


El Illiniza (5300 metros).



RECUERDOS D…

PAYSAN… CANTO L…



Donde el Queguay y el Uruguay se juntan, las islas tienden sus manteles de esmeraldas. El Uruguay se pierde en lontananza. El Queguay —señalado por una flecha— le rinde sus aves, sus mariposas y sus peces. Y las casas de estancia ruedan, ig-al que blancos dados, sobre los trebolares fragantes.

"Heroica Paysandú, yo te saludo...
Gabino Ezeiza.

COMO una enorme bandera geográfica Paysandú flamea en el viento de mi corazón. El río Uruguay es su asta húmeda, repujada por las islas, decorada por los pájaros; su gran cuerpo, que se extiende de Norte a Sur entre los bosques rigurosos del Daymán y las yararás arteras del arroyo Negro, se desfleca en el Oeste, estallando en ágatas azules; y en su soleada franja rural trotan las ganaderías, ruedan los dados blancos de las casas de estancia y [illegible] deidad celosa de tanto esplendor sa[illegible] con el barro triste de los rancheríos la piel juvenil de las gramillas.

En Paysandú nací; en la horqueta de su tala centenario se mece el nido de mi estirpe; en su tierra fuerte duermen mis abuelos; en sus campos dilatados aprendí a querer lo nuestro.

Mi recuerdo de Paysandú es como un gusto delicioso de pitangas, como el resplandor nostálgico de un fogón en la noche, como el repique de un cencerro cantando entre las lomas.

Paysandú es mi pago, y por el pago se empieza a descubrir la sonrisa de la patria. Cuando los montoneros de 1811 se alzaron detrás de sus caudillos para quebrar a lanza seca la furia española, no iban movidos por el sentimiento abstracto e inasible de nacionalidad. Los dinamizaba el músculo espiritual de sus querencias, el alarido de sus jefes naturales nacidos en rincones sustantivos, la vor tierna y aguerrida a la vez de sus terruños.

Los de tierra adentro bien sabemos lo que significa el pago. El pago es la inicial perfumada de nuestro nombre. El pago es la dádiva afectuosa del cielo, el pasto que endereza su colita después de las lluvias, la cruz del Sur que se lava en nuestras primeras lágrimas, el pan dorado que sale como un sol de la tiniebla del horno, el balido de los corderos guachos, los huevos de tero reventados en nuestros bolsillos de inquietas vizcachas infantiles. El pago no conoce el asfalto ni el ruido agresivo de las calles. Su calle única es la del camino que arrastra su polvorienta víbora hasta el brocal del horizonte; su ruido bucólico es el canto amarillo de los benteveos, el grito de guerra de los picapalos, el redoble de los chingolos inocentes. No hay hollín de chimeneas en su aliento claro. Sólo humo de ranchos, humo indio que asciende melodiosamente en las tardes serenas, que se alborota con el pampero de los mediodías vibrantes, que se mete en los ojos y en el alma cuando la cocina es un corral de risas y leyendas.

Hoy Paysandú regresa a mi evocación con toda su gracia litoral, con todo el salvaje aroma de su plenitud norteña. Cambié sus cerros chatos por los cerros crónicos; sus águilas moras de graznido altivo por los tordos que se disputan las lombrices del surco; sus potreros sin límites por los mojones de las chacras. Dejé el Norte y me vine al Sur, entre los remolinos de un huracán caliente que me arrancó de mi solar querido.

Pero ¡cómo llaman los tambores de piedra de los cerros de Basualdo, cómo puntean las guitarras de Bacacuá sus viejas vidalitas, cómo hacen señas los rubios pañuelos de Buricayupí con sus campo[…] flechilla!

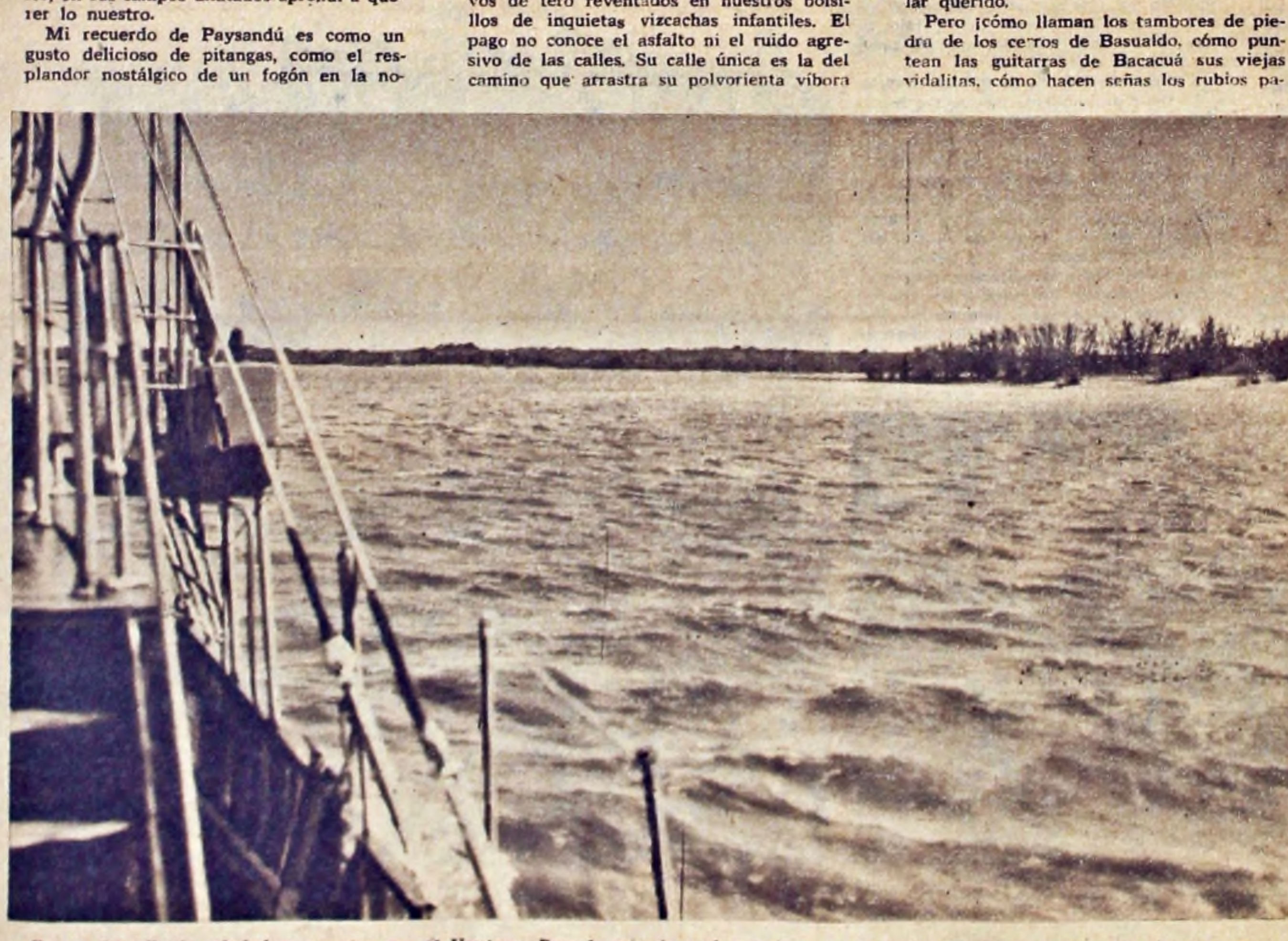
El Norte es el caballo, la estanci[…] lumbre hospitalaria, el alma ecuestr[…] libertad cuajada de luceros. El Sur [...] buey, la granja, la melancolía agrari[…] hombre apeado, el grillete de la aza[…]

Allá arriba, la bota con una estrella [...] canta en el talón imperioso; aquí abaj[…] tamango con el barro que manea al l[…]dor sufrido.

Del río Negro a la frontera, la mitol[…] de la lanza; del río Negro al Plata, [...] mulacro de la picana. Pero ambos, Nor[…] Sur, galope y mancera, asado y horta[…] configuran las dos mitades de la patri[…] dialéctica de nuestra supervivencia, el [...] trapunto de nuestro albedrío.

Tampoco Paysandú es el que dejé h[…] veinte años. Sobre sus terrenos cretác[…] prospera una agricultura premiosa y [...] ceptuada como ejemplar, aunque para[…] gusto conserva en su cuño una desme[…] viril de guerrilleros y contrabandistas.

Mis primeros recuerdos y mis prim[…] deslumbramientos están unidos al río U[…]guay. Dondequiera que vaya va mi río [...]migo, como un tahalí de aguas celestes [...]zado sobre mi pecho, y ni el Paraná, n[…] Amazonas, ni el Ródano, ni el Pó, ni [...] Sena, ni el Támesis, pudieron resistir[…] paralelo con su avasallante hermosura. [...] sus orillas conocí, antes que la palabra[…] sentimiento de lo bello, la platónica e[…]cia de la divinidad. Las islas contempla[…] desde la entonces humilde plaza Call[…] semejaban saurios prehistóricos aferra[…] al lecho del río con oscuras zarpas de [...]rro, vestidos con dulces panoplias de [...]



Barcos de gallarda arboladura navegan por el Uruguay. Pero la mirada y el corazón se enredan en las islas de oro, en los alamares verdes de los montes, en la sonrisa litoral de las ciudades.



Un blanco trueno muge sobre el río, [...] las piedras. Y en la voz solemne de[…] bienamado[…]

MI PATRIA CHICA

PAYSANDU EN EL ... SUS RIOS

na, coronados por penachos de árboles umbrosos. Cuando el sol se degollaba en los alambrados de Entre Ríos su sangre teñía las aguas con el zumo de claveles delirantes. La tarde entera, igual que un hierro al rojo vivo, semejante a un churrinche gigantesco, se sumergía en la corriente, y yo, trémulo, encendido como una pequeña nube por la luz moribunda y gloriosa, me sentía un personaje más en la tragedia cósmica del sacrificio ritual del día, del advenimiento sagrado de la noche. Bandadas de torcazas regresaban a los montes; los labios de la brisa recitaban la epopeya de mi ciudad heroica; la barca María Madre, espíritu tutelar y flotante de Paysandú por muchos decenios, se arrebolaba de súbito como un grito de oro y luego volvía a su madera doliente, a su bauprés inútil, aguardando el poncho agujereado de estrellas que caería sobre todo el paisaje.

¿Cómo olvidar esas tardes poseídas por el arrebato de la más luminosa poesía? ¿Cómo no aprender así el lenguaje apasionado de la naturaleza, cómo no gustar su miel de eternidades?

Quien logró ser dueño de estos mundos de emoción no puede envidiar a nada ni a nadie. Posee un tesoro maravilloso. Debe vivir amando; debe morir sonriendo. Porque suyo es el reino de la belleza inmortal.

*

Río arriba, cerca de la frontera con Salto, se alza junto al Uruguay el pedestal de la historia, la meseta de Artigas.

Artigas desestimaba la vida ciudadana. Era un hombre de a caballo, un rural ardiente y arisco, un campesino auténtico.



Como un candelabro de piedra coronado por la llama de un pensamiento inmortal, el monumento al Precursor se yergue sobre la Meseta, iluminando al río. Y el abierto campo uruguayo y el gran cielo de la patria le dicen a quien quiera escuchar que con libertad ni ofendemos ni tememos.

Barreiro, su delegado en Montevideo, atendía los menesteres del cabildo, y el Protector, frente a las Provincias Unidas, bajo el firmamento altísimo, escuchaba las décimas del río, interrogaba al trueno marcial del Hervidero, contemplaba a la aurora, desnuda ya de niebla, hundir sus muslos de virgen en el amor de las aguas.

"Medita solitario en la meseta,
besan los vientos su castaño pelo.
luciérnagas de fe le enciende el cielo
y el gran río le presta su poeta"

Un hombre así, por fuerza, hubo de ser tan épico como lírico, tan inflexible como puro, tan realista como visionario. Llevaba en su alma el acento de un río. Y quien lleva un río por dentro sabe encontrar las llaves para regresar de la muerte y quedarse para siempre aunque los demás se mueran.

*

Otro río corre también sobre los cantos rodados de mi memoria. Es un río más íntimo, más misterioso. Es el río propio de Paysandú, el hijo de sus lluvias, la mojada columna dorsal de su arrogancia. Pero aunque pequeño no por ello deja de proclamar grandezas. Alza su brazo ilustre el escudo vegetal del rincón de Escayola, una comarca donde se enmaraña el bosque indígena más grnde de la República, y su barítono indiano entona con poderosa garganta el himno de las cascadas.

¿Ha sentido alguna vez el lector el canto de las cascadas del Queguay? No poseen el registro tremendo del Niágara ni el tono esplendoroso del Iguazú. Su voz no espanta, no sobrecoge, no arroja al hombre de rodillas a su condición minúscula. Es una voz armoniosa, hecha a la medida de nuestro oído, al ritmo de nuestro corazón. Es la voz de la tierra, de las flores, de las rocas; es la voz de nuestro relieve gentil, que no conoce las montañas arduas ni las llanuras desesperantes; es la voz de nuestros paisanos, de nuestras bestias, de nuestros pájaros, mancomunada en una vocal noble, exaltada por un coro gregoriano que resuena en la abierta abadía de los orientales campos.

Queguay, en guaraní, significa río de los peines. La catarata es el peine del agua. En sus dientes de meláfiros se alisa la cabellera tumultuosa de una ninfa criolla. Caen las guedejas musicales, se derrumban velozmente las plateadas crenchas, y en la hoya humeante y convulsa surgen, como por milagro, grandes magnolias de espuma, pétalos de madreselvas sonoras. Y las aguas, que corren hacia la muerte, se van cantando, porque ya tienen el blanco adiós que las salva del olvido.

—¿Podré yo también irme como tú, viejo Queguay de mi infancia?

Pero el río no me contesta. El río no se detiene a responder las preguntas del hombre. El río cierra sus ojos y corre y sueña y siempre es diferente como nos decía el antepasado Heráclito y siempre es el mismo como me dice mi fiel corazón.

Daniel . VIDART.

(Especial para EL DIA).

(Fotos de la Aeronáutica Militar y de la Comisión Nacional de Turismo).



... hervor de jazmines veloces se arrodilla en ... cascadas se alza el cántico espiritual del ... lejano Paysandú.



Queguay, en guaraní, quiere decir río de los peines. ¿Y qué es su catarata sino un peine de las aguas, y qué son sus aguas sino una cabellera musical y apasionada?



"Cuadrilla". — Litografía de Roland Kempe.



"Ventarrón invernal". — Litografía de Gunnar Norrman.

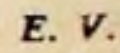
GRABADOS MODERNOS SUECOS

LA "Windsor Gallery", exhibe un conjunto de seleccionados grabados suecos. En el momento de la inauguración, el ministro de dicho país en el Uruguay, nos hizo conocer el desarrollo del arte en Suecia, y, gracias al apoyo y al cuidado en la selección, el interesante conjunto de piezas contribuye a que la producción gráfica moderna de Suecia, no sea presentada bajo el aspecto de nombres famosos. Lo que nos llama la atención, apenas observamos la muestra es la firme decisión del dibujo y el conocimiento profundo de la técnica de que hacen gala estos grabadores. Pero debemos agregar de inmediato que dichos atributos se ven compartidos por una expresividad que da a cada artista su fuerza personal. Esto se ve en la ext aordinaria punta seca "Sala de máquinas" de Jorgenson, hombre "que se hizo a la mar en temprana edad, y los motivos de la vida marítima se repiten en sus producciones artísticas". Se pueden agregar a esta plancha, sus conocidas "Oland" fuerte trazado y "Obra en construcción" que reune las virtudes de obras completas en dicha técnica. Lo que sorp ende en este artista es, por ejemplo, el gran tamaño de su plancha (la punta seca primeramente nombrada) y los negros intensos que logra dentro de un espesor casi desconocido en la punta seca, en que casi siempre domina la finura de la línea. El contraste se verifica con Bastin (Louis) artista fino y depurado que estudió en París, en Colonia, y en la Academia de Estocolmo. Ha tenido grandes éxitos como creador de grabados en color, siendo uno de los pocos grabadores suecos que dominan la técnica perfectamente". En este grabador el color es suave, con caracteres de acuarela, y se destacan sus láminas "Madre y niño" y "El pequeño café".

Por el contrario, Norman (Gunnar) en litografías nos presenta toda la poesía del paisaje inve nal en desolados espacios donde el cielo predomina con su gris plomo, y donde el árbol canta con el silbido que le da el viento, esa canción amarga y triste del desamparo. A pesar de la simpleza con que consigue sus efectos, éstos son logrados dentro de una técnica depurada y de fina calidad y hacen sentir la emoción que sacudió sin duda al grabador, y le inspiró a tales realizaciones. Lo sugestivo y el movimiento, así como el concepto raiz del blanco y negro junto a la litografía en colores nos lo da Kempe (Roand) sobre todo su "cuadrilla" obra apoyada en pocos espacios definidos por blanco y negro, que proporciona, además de su moderno dibujo, un sentido algo geometrizado de la composición. Citaremos las agua-tinta y agua-fuerte de Sven Rosen, estilista que ha "sacado sus motivos, en parte de los "ateliers", y en parte de las casas de pescadores en el archipiélago de Estocolmo". Sus obras "Nieve recién caída", "Limpieza del Porro" y "Atardecer de invierno", representan en toda su potencia al colorista del grabado.

Uno de los artistas más fuertes es sin duda, Sallberg, cuyo conocimiento y hábil manejo de la punta de acero, constituye una cabal demostración de sus conocimientos puestos al servicio de temas, en los que busca en variedad de recursos las sinceras expresiones del arte gráfico que admiramos. "Montones de piedras y el espeismo", es una de las piezas que aún siendo natu alistas poseen un contenido subrealista porque el artista ha sabido captar la expresión de los elementos, y los adaptó magníficamente a la técnica empleada. "Se acerca el temporal", "Tejados de Estocolmo bajo la nieve" y otros grabados al agua tinta, son lo suficiente para demostrar los valores intrínsecos de las piezas del artista. Citaremos también "El muelle de Kakbrinken" de Bernard, los grabados en madera de Billman, las agua-fuertes y punta secas de Borgling, de Croner, sobre todo su "Astillero en Smogen", la xilografía en colores "Trituradores de piedra" de Erixon, y "La abuela" de Jonson, fino trabajo de litografía. Las litografías en colores de Oloffson, y las punta secas de No sbo.

"El arte gráfico moderno sueco" — ha dicho el Ministro Karl de Borgestierna — se ha mantenido considerablemente más estable y menos lleno de "ismos" que la pintura. Sin embargo, en los últimos años se ha hecho sentir una mayor inquietud y un deseo de experimentación que hoy prueban que no existe ningún riesgo de estancamiento".



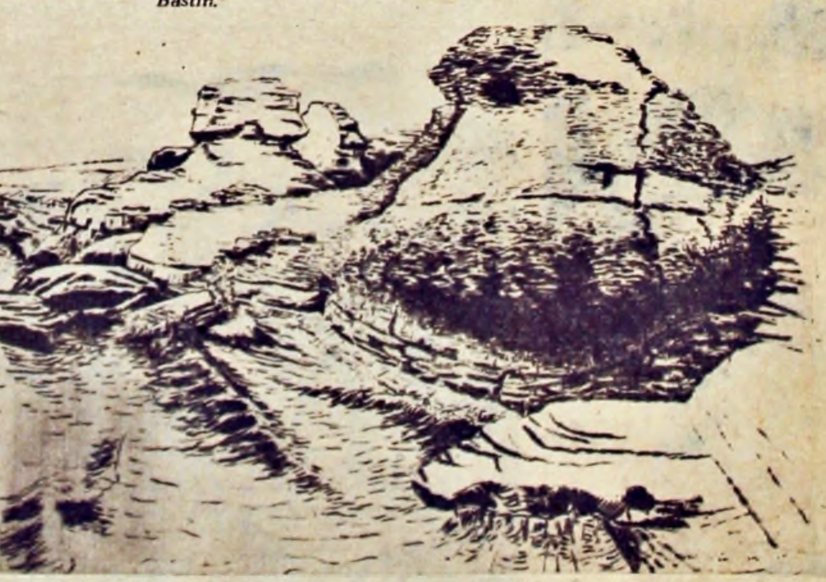
E. V.



"El ramillete". — Aguafuerte de Louis Bastin.



"La abuela". — Litografía de Bjorn Jonson.



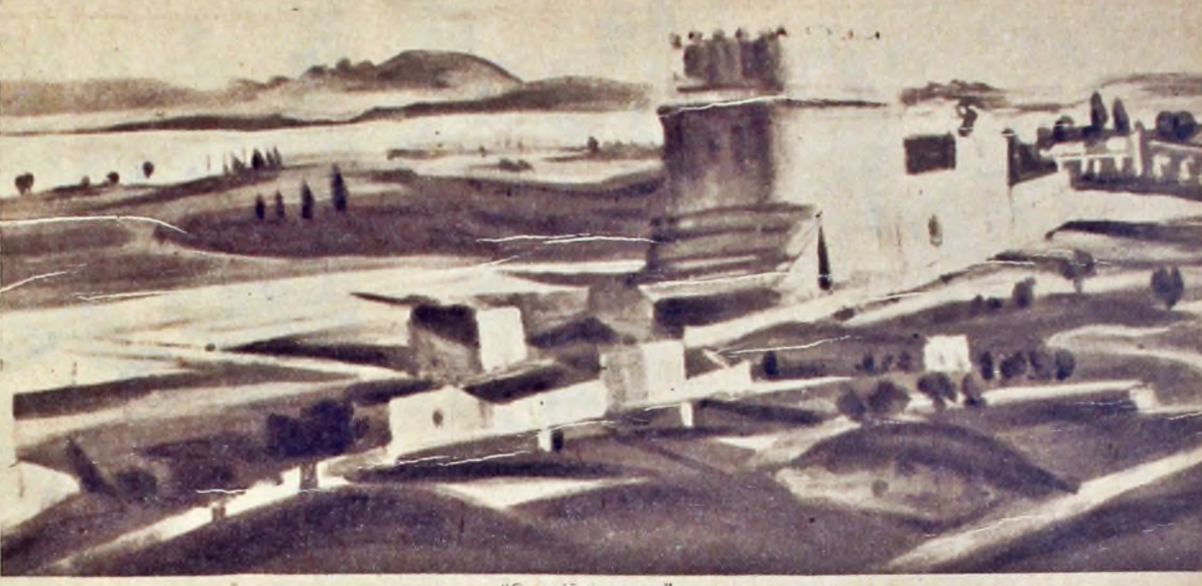
"Oland". — Aguafuerte de Jorgenson.

HENRY DE WARROQUIER Y LO TRAGICO DE LA VIDA

"OS ruego sólo que me escuchéis, y después me diréis si no soy como las llaves y el hogar de todos los dolores". No puedo por menos de pensar en estos versos de la *Vita Nueva* al recorrer la gran sala del Grand-Palais, que es, actualmente, el lugar santo entre los santos del Salón de Otoño. Esta sala —la sala XV— ofrece, en efecto, a la admiración de los visitantes un centenar de obras de Henry de Waroquier, en el cual Paul Claudel ve, justamente, el testigo y el profeta de nuestro "Siglo XX".

Hay algo de dantesco en la poesía que emana de los dibujos, de los grabados y de los cuadros de Henry de Waroquier. No hay una sola de sus composiciones en que deje de verse el tormento y la angustia que obsesionan al gran artista. Todos los dramas, todos los espantos, todas las desgracias que han conmovido al mundo durante las dos últimas grandes guerras, todos los derrumbamientos que las han seguido los lleva Henry de Waroquier dentro de él como testigos. Los estigmas. Pero, además, este testigo es también un profeta: sabe que el mal engendra el mal. Ante cada una de sus obras trágicas nos parece oír la voz del Salmista, que nos recuerda, a través de las edades, que el "abismo llama al abismo". Estos gritos que suben de las profundidaes de su aflicción, siempre tan lúcida, nos muestran la intensidad de su emoción cuando el autor de Mors et Vita dibuja, graba o pinta esas fisonomías de dolor y esas composiciones anunciadoras de las grandes calamidades y desesperaciones del futuro.

Este trágico de la vida, de nuestra vida moderna, no lo expresa Waroquier merced a una representación caricaturesca de los seres y de las cosas. Lo trágico que se desprende de sus obras, no es en modo alguno lo trágico de un Goya y mucho menos todavía el de un Toulouse-Lautrec o de un Degas; es lo trágico interior, es el pesar, es la inquietud, es la opresión del corazón que experimenta, que atormenta a todo hombre consciente de la grandeza de la condición humana y de su miseria, amplificado por la sensibilidad estremecida y la gran cultura de un pintor que es al mismo tiempo un humanista y un poeta. Esta obra, que no se parece a ninguna otra, muestra una gran fuerza y una noble personalidad. No figuran en el conjunto ninguna de las pinturas del período precedente —1898-1917—, como tampoco las pinturas de después de la Liberación. No vemos ni retratos ni paisajes de Francia. Tampoco esas vistas de Venecia que, sin embargo, han valido al pintor el aplauso universal. Hay algunos paisajes de Italia entre la selección hecha por el artista, porque concuerdan, se conforman al pensamiento que ha querido imponer a nuestra atención, a los sentimientos que ha querido que comprendiesemos. En esta sala del Salón de Otoño se respira en un mundo en el que todo, o casi todo, asuntos, colores y formas nos incita al recogimiento, a la meditación sobre la vida, al dolor y la muerte. A esto es debido, a pesar de la diversidad del conjunto, su sorprendente y admirable unidad.



"Campiña romana".

Cuando se estudia la técnica de Henry de Waroquier nos sorprende la busca de línea y del tono, que hizo que un crítico, hace unos veinte años, evocase la China medieval y el Quattrocento florentino. Se manifiesta, efectivamente, en este artista, un rigor en el dibujo, una nitidez, una decisión magistrales; una grandeza, una nobleza, una majestad en las formas, y, para decirlo todo, un estilo y una arquitectura que puede compararse con los de los grandes maestros de China y de Florencia.

Por mucha fuerza que tenga, el colorido de Waroquier no es nunca duro, jamás es brutal. Es luminoso sin ser brillante. Es cierto también que el pintor, que parece enamorado del porvenir, no emplea más que colores sólidos, permanentes, sobre todo tierras, "tonos de arena, de arcilla, de tierra grasa", ocres y verdes oscuros. De aquí procede la apariencia austera que expresa tan perfectamente el pensamiento del artista y su más profunda emoción.

La pintura mural y la pintura de caballete, cuyos medios de expresión son tan diferentes, están representadas en obras realizadas por Waroquier, en su mayoría durante la guerra 1939-45. Sin embargo, las más importantes decoraciones murales, las más emocionante datan del período comprendido entre las dos guerras: *Moustiers-Sainte-Marie* (1922), donde verdes, rojos, negros, marrones y dorados forman una armonía tan rara y cautivante. *La Tragédie*, una decoración para el Palais de Chaillot (1936), de la que podemos ver bosquejos de figuras rojas, modelos a un tamaño de 1/5 de la ejecución y detalles, fragmentos de esas creaciones estremecidas, y cuyos colores vivos dan todavía más fuego al ritmo irresistible que las anima.

De este periodo son también *Paysage Ibérique au Ciel d'or, Santa Catharina (Lac Majeur)*, de una composición tan sabia y densa, *Volupté*, amplia y robusta arquitectura carnal, así como también muchas fisonomías trastornadas, contraídas, caras crispadas por el dolor, paisajes de Italia y bodegones.

Lo mismo podemos decir de esas creaciónes tan personales, de esos dibujos en sepia de Waroquier, de sus aguafuertes con fondos negros sobre los cuales se enlazan, se desarrollan ligeras líneas blancas de graciosas volutas; sus monotipos; de sus cuadros al óleo bajo cristal, preciosos, exquisitos; lo mismo se puede decir de esa autocopia parda: *Etude pour la Tragédie*, prodigiosa evocación de un universo enloquecido, salido, al parecer, del cerebro de Edgar Poe.

En cambio, esas obras capitales, esas pinturas, la *Révélation, Mors et Vita, Rythmes*, datan de los grandes días de duelo de la ocupación.

Por momentos, en esta obra austera en que domina la ansiedad, pasa como un soplo de dulzura, de calma, de serenidad. Esta impresión de sosiego se experimenta ante ciertos paisajes de Italia, ante esa admirable *Campagne romaine* y las *Ruines á Ostio*, ante esos bodegones de una ejecución tan sabia y tan perfecta: *Huitres et citron, Les Courges* y los *Rythmes*, de los que no se sabe lo que seduce más, si la calidad, la luz, la diversidad de las substancias y su belleza o la seguridad del oficio.

Cuando se le pregunta a Henry de Waroquier sobre sus comienzos, responde: "Nací en el Impresionismo"... Vió la luz en París, el 6 de enero de 1881. Sus padres vivían en la calle Laffitte, casi enfrente de las galerías de cuadros Vollanrd y Durand-Ruel. Frecuentaba asiduamente estas galerías, de 1895 a 1900, donde se inició en la pintura de los maestros de la Escuela de 1830 y en la de los Impresionistas tan discutida por entonces. Fué así como se le despertó el deseo de pintar.

Pintor, grabador, escultor, Henry de Waroquier ha producido una obra considerable. Expone regularmente en el Salón de Otoño y en el Salón de los Independientes desde 1905, y en el Salón de las Tullerías desde su fundación. Muchos museos de Francia y del extranjero poseen obras suyas. En el salón de descanso del Palais de Chaillot resplandece una de sus pinturas murales: *La Tragédie*. Este gran artista ha ilustrado una docena de libros, entre otros el *Apocalipsis según San Juan*. Además de grabador, pintor y escultor es también escritor.

En sus comienzos, durante su "período blanco", Henry de Waroquier sufrió diversas influencias, principalmente la de Hokusai. Si no tomó de los Impresionistas las seducciones frjgiles de su arte, tomó de ellos lo que descuidaron: la espiritualidad de las cosas. Los fresquistas italianos le dieron el gusto de la decoración mural; pero tampoco desdeñó la pintura de caballete; desde entonces su arte óscila entre dos polos opuestos. Durante cuatro años (1933-1937) se entregó a dibujar con modelo, haciendo, como él mismo dice, "paseos a lo largo de un cuerpo", paseos cuya finalidad es el informarse sobre la vida y no el servir de pretextos a sus cuadros.

Cuando se le hace alusión a estas obras directas, declara que es necesario la "pintura de humildad", que sólo la vida puede nutrir al artista. Sus obras directas le permiten realizar sus obras meditadas; su pintura de humildad le permite acceder a "la pintura del orgullo". "En mis obras directac, por ejemplo en mis bodegones, añade, dejo hacer al instinto, y después viene el juicio. En mis obras meditadas, como *Mors et Vita*, es lo contrario. Trato de dar el movimiento de la Vida que conduce a la calma de la Muerte".

Charles KUNSTLER.

(Exclusivo para EL DIA).



"España".



"Rigor".



El destacado político francés D. Eduardo Bonnefous, dió una conferencia sobre acercamiento de "Francia y América Latina", ante muy calificado público, en los salones del Jockey Club.





La U.T.E. autorizó la contratación de las obras para el Este, destinadas a servir las zonas balnearias de los Departamentos de Canelones y Maldonado.

INFORMACION LOCAL



"Lunch" de despedida al Sr. Luis Franzini en el Club A. Defensor, que viaja a EE.UU. para presidir la VIII Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa.



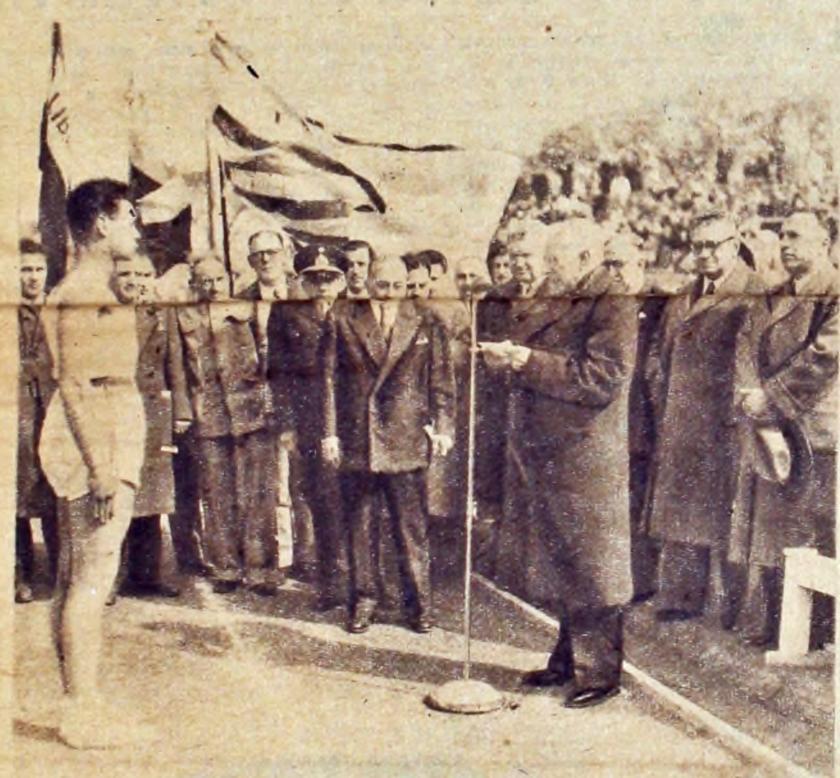
Sra. María Clara Souto de Vázquez. Recordada cariñosamente en el segundo aniversario de su muerte.



El Dr. Lleras Camargo, Secretario General de la Organización de Estados Americanos, que fué por pocos días huésped oficial del Uruguay, visitando al Presidente del Consejo Nacional, Sr. Martínez Trueba.



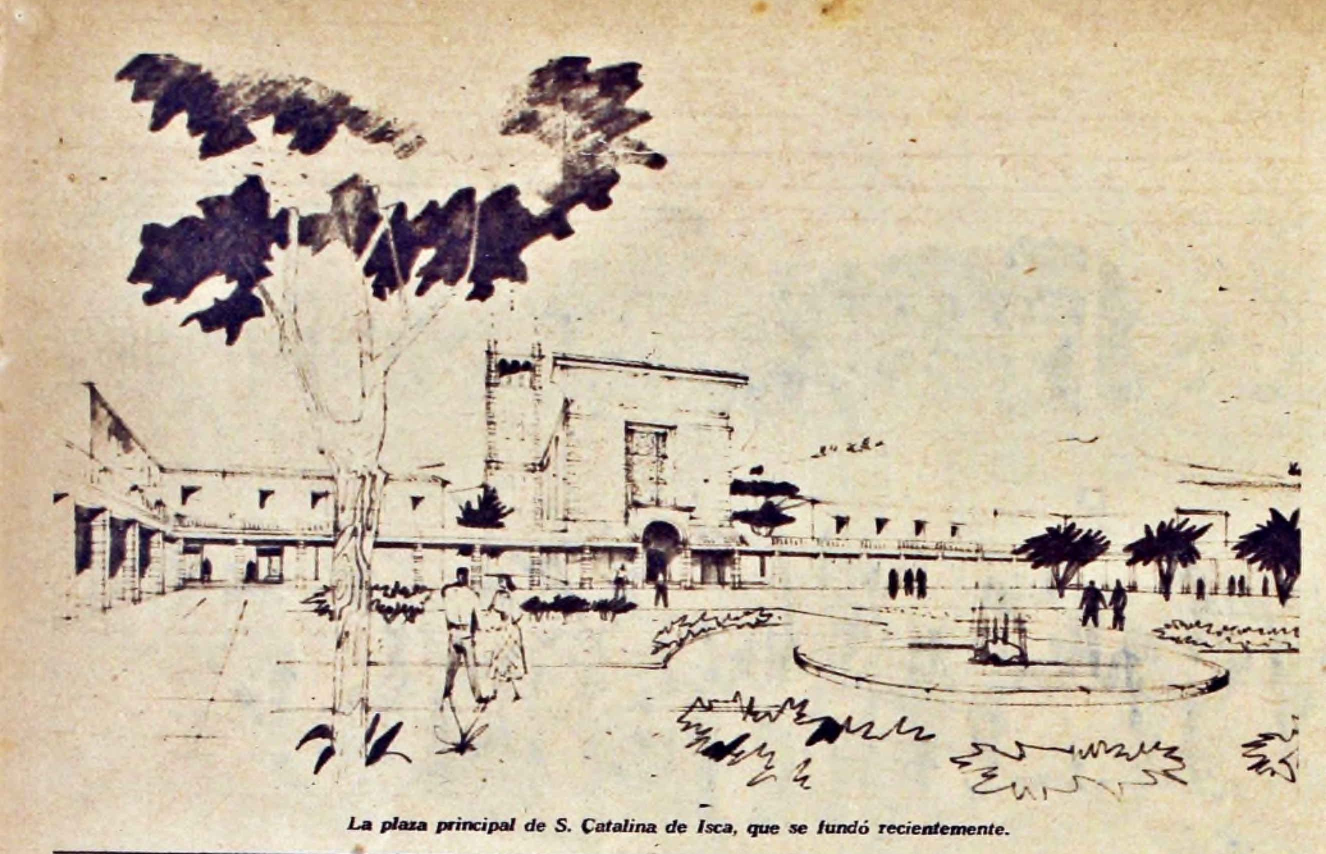
Los abanderados agrupándose para prestar el juramento en el XI Campeonato Universitario de Atletismo.



El atleta José Loureiro frente al Sr. Martínez Trueba, que pronuncia su discurso



El Presidente del Consejo, Sr. Martínez Trueba, con los ministros Dr. Fusco y señor Zavala Muniz, el Consejero Dr. Brause y otras autoridades, presenciando el XI Campeonato Universitario de Atletismo.



La plaza principal de S. Catalina de Isca, que se fundó recientemente.

SE FUNDA UNA NUEVA CIUDAD EN ITALIA

LAS inundaciones del pasado invierno en Italia ocasionaron inmensos perjuicios a los pobladores de algunas zonas arrasadas por el torrencial, por lo que todo el pueblo de la península se prodigó para intervenir rápidamente con su ayuda a las desesperadas familias que en el dessastre perdieron cuanto poseían. Muchas de esas poblaciones italianas todavía no han podido recuperarse de los daños devastadores, sobre todo en la alta Italia, cerca del valle de Padana; pero incluso la parte meridional, principalmente Calabria, quedó afectada por la catástrofe. Muchas de las poblaciones levantadas a orillas de los ríos sufrieron la tempestuosa devastación, al punto de haber quedado comprometida la estabilidad de las edificaciones, e incluso algunas que, como S. Catalina de Isca, en Calabria, estaba situada en lo alto de una colina, entre dos ríos, sufrió tales daños que ha sido necesario que el gobierno italiano decretara el éxodo de los pobladores. Luego, con la intervención de geólogos y técnicos que estudiaron el lugar, dicidióse que la ciudad había de ser instalada en el valle, al pie de la montaña.

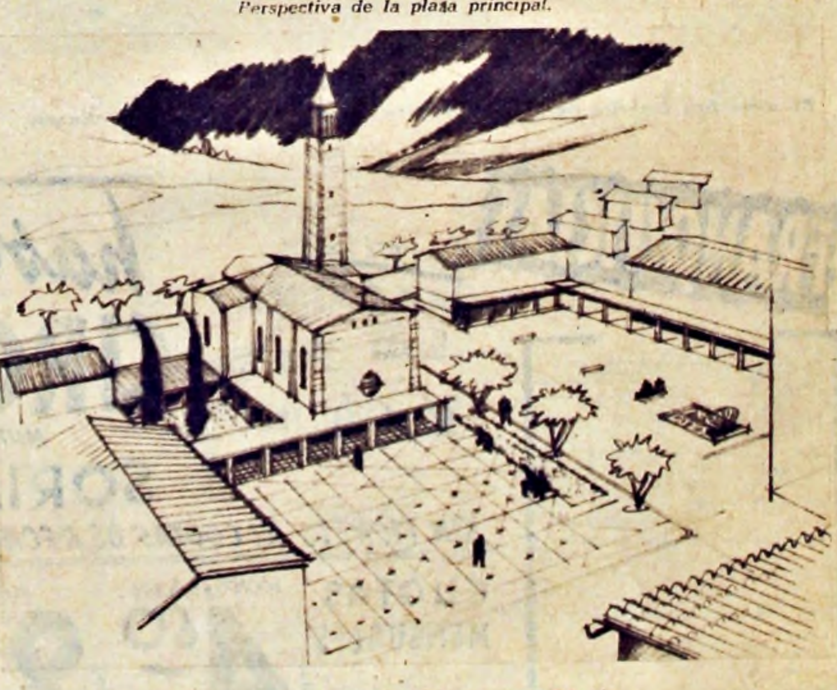
Ha sido curioso el destino de este poblado, surgido hace cerca de tres mil años de las invasiones griegas a Italia, en la costa, siendo destruída por los piratas durante el Medioevo. Los sobrevivientes decidieron, volverla fundar, pero esa vez para mayor defensa de posibles futuras invasiones, la instalaron en lo alto de la colina, como a horcajadas entre los dos ríos; ahora, y por determinación de las fuerzas de la naturaleza que la arrasó de aquel sitio, debe volverse a fundar en el mismo lugar en que primitivamente estuvo.

El proyecto de la completa creación de la ciudad le ha sido confiado a nuestro culto colaborador, arquitecto Franco Doméstico, que por ello hubo de abandonarnos tanto tiempo sin correspondencia. En pocos meses ha resuelto el problema de la fundación del nuevo centro, aprobado elogiosamente por el gobierno de su país, solucionando lo urbanístico, lo residencial y la construcción de los edificios principales con sentido de pura modernidad clásica. Centenares de obreros empezaron ya a darle vida a la nueva ciudad, de la que ofrecemos en esta página algunos aspectos de la Plaza, que cerá centro urbano.

El arquitecto Franco Doméstico nos anuncia la proximidad de su visita a Montevideo para el mes entrante, invitado para realizar un ciclo de conferencias de carácter artístico y técnico arquitectónico.



Perspectiva de la plaza principal.



Aspecto del centro urbano de la nueva población.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

NO CONOCIENDO LA TRAICIÓN DE WOFU, TARZÁN VOLVIÓ AL TEMPLO CON LA INTENCIÓN DE SALVAR A LYNN GARNER, PERO SE ENCONTRÓ CON SU AMIGO TUSKER ATADO AL POSTE DEL SACRIFICIO DE LOS HOMBRES PANTERAS.

PRONTO DOS HOMBRES PANTERAS SE ACERCARON A LA TARIMA Y SOLTARON A SU IDOLO RUGIENTE, MIENTRAS TUSKER HACÍA MUECA AL VER QUE EL CARNIVORO DE OJOS AMARILLOS SE LE ACERCABA.








Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.
SECCION SEÑORAS
Modernas confecciones que se distinguen por su impecable corte y fina terminación.
Chaquetón de elegante corte, mangas dolman 3/4 confeccionado en paño liviano de pura lana; talles 44 al 48 $ 36.00
Vistosa blusa confeccionada en seda a cuadros, diversos colores de rigurosa moda; talles 52 y 54 $ 8.50, talles 44 al 50 $ 7.90
Interesante pollera en género de lana, colores gris, marrón, azul y negro; talles 52 y 54 $ 16.80, talles 44 al 50 $ 15.80
Novedoso vestido prolijamente confeccionado en tela "Glen" colores gris, verde y lacre; talle 52 $ 19.80; talles 44 al 50 $ 18.50
Juvenil vestido de esmerada terminación, realizado en buen género de pura lana, colores gris, beige, azul y negro; talles 44 al 50 $ 29.50
Chaquetón muy juvenil, finamente realizado en paño liviano de pura lana; talles 44 al 48 $ 36.80
Clásico traje tailleur de perfecto corte, confeccionado en género de lana negro; talles 52 y 54 $ 59.00 talles 46 al 50 $ 57.00
Traje de chaqueta finamente confeccionado en la afamada tela "Glen" color gris; talles 52 y 54 $ 46.00 talles 46 al 50 $ 44.00
PRECIOS AL ALCANCE DE TODOS
Clientes del Interior efectúen sus pedidos contra reembolso a
CASA MATRIZ: AGRACIADA 2302 y M. SOSA
• AGRACIADA 2302 • GRAL. FLORES 2341 • 18 DE JULIO 1681